



Interrogando la noción de encuadre

STELLA YARDINO¹

INTRODUCCIÓN

Escribir a demanda conlleva dos vertientes opuestas: la de la gratificación, ya que el pedido implica un gesto de valoración hacia el autor, y la de la dificultad de superar la fantasía de que el otro espera algo excepcional. El riesgo es, entonces, intentar escribir aquello que imaginamos que ese otro quiere leer, distanciándonos de lo más propio y subjetivo. Más aún cuando la invitación apunta a revisitar un concepto antiguo y fundante como el de *encuadre*, acerca del cual tanto se ha escrito. Intentaré, sin embargo, sortear estos dilemas para dejar fluir mi postura personal, de la mano de los teóricos que me habitan.

LA NOCIÓN «CLÁSICA»²

En toda disciplina es fundamental problematizar conceptos e ideas para no manejarlas como supuestos fijos. Más todavía en una ciencia conjetural como la nuestra, más cerca del arte que de las «ciencias duras». El encuentro con la singularidad del sujeto supone la consideración de presupuestos teóricos propios del psicoanálisis, sin los cuales el trabajo no sería

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
stellayardino@gmail.com

2 Me permito denominar así a la formulación de Bleger (1967), que considero la más usada, para diferenciarla de otras posteriores, que incluiré en este aporte y que pertenecen a otros autores.

posible sino al precio de la improvisación con el riesgo de deslizamiento a la omisión ética.

En el encuentro con la subjetividad propia y ajena se tendrán que ir creando modalidades de trabajo que darán cuenta tanto de nuestras concepciones teóricas como de un método siempre provisorio. El gerundio —«ir creando»— implica mi convicción de que, sea cual sea la teoría que nos habita, el encuadre se irá construyendo cada vez. A propósito de este, los analistas contamos con esta noción como pilar fundante de la técnica; lo conocemos, lo utilizamos y lo transmitimos, en general, con mínimas variantes, como garante del proceso analítico.

Si bien Freud (1912/1976) no utiliza el término, lo deja implícito cuando habla del dispositivo: diván, duración de la sesión, honorarios, neutralidad del analista, asociación libre (del lado del paciente), atención libremente flotante (del lado del analista). Sin embargo, el encuadre no es la técnica, sino el conjunto de reglas, constantes y condiciones que sostienen el trabajo para que aparezca la neurosis de transferencia y el inconsciente pueda hablar.

LAS CONDICIONES QUE SOSTIENEN EL DISPOSITIVO ANALÍTICO

TIEMPO: Día, hora, frecuencia, duración. Estos elementos ordenan la regresión porque establecen un límite. Sin límite, la regresión podría volverse caos o *acting*. El tiempo del encuadre es lo que le pone bordes a esa vuelta atrás para que sea productiva y no destructiva.

ESPACIO: El consultorio, el sillón, el diván. A ellos habría que agregar ahora la sesión de Zoom. El espacio debe ser constante para que se proyecte en él lo que no tiene lugar afuera.

HONORARIOS: Sabemos que el pago no es solo eso, sino una forma más de delimitar el vínculo, asimétrico y con reglas.

REGLAS TÉCNICAS: Abstinencia y neutralidad del analista, asociación libre del paciente.

Agregaría lo que elegí llamar «la ritualización del cuerpo», dado que no hay (o no debería haber) contacto físico entre ambos. El analista prioriza la circulación de la palabra del analizando, escucha e interviene diciendo, «apalabrando», interpretando cuando el *timing* así lo permite.

Siguiendo los aportes de Bleger (1967) —a quien debemos la sistematización del concepto—, el encuadre es la parte «no procesal» del análisis que debe mantenerse constante para que lo inconsciente pueda desarrollarse sin contaminarse. En esta línea, la rigidez y la neutralidad del analista aparecen como condiciones necesarias para que el marco cumpla su función de continente.

Hasta aquí, lo *sabido* y utilizado por la mayoría de los analistas en la praxis con cierta fijeza. Cabe preguntarse, sin embargo, acerca de lo que no siempre permanece inmutable. En esta línea, la noción clásica a la que me referí más arriba ha sido interpelada por distintos autores cuyas ideas intentaré poner a trabajar.

DIÁLOGO ENTRE TEORÍAS

El cuestionamiento apunta principalmente a la rigidez excesiva y a la neutralidad extrema, que en lo personal considero normas inalcanzables y, en el primer caso, poco deseable.

Christopher Bollas y «el acto de presencia»

Bollas (1994) cuestiona la neutralidad cuando afirma que «el analista que se presenta como una superficie neutra, sin carácter, abandona al paciente a una experiencia de soledad [...] El acto de presencia del analista es parte de la interpretación» (p. 89). Para él, el analista comunica a través de su presencia, su forma de estar, su tono, incluso su silencio. Llama a esto «acto de presencia», fundamental para que el analista no se ausente psíquicamente, ya que cuando se borra, deja al paciente solo con su vacío. Para él, el encuadre rígido, sin presencia viva, no cumple su función de sostén. En la misma línea, desarrolla la idea de que el analista debe prestarse a ser usado como objeto transformacional, en una función opuesta a la de un espejo, en tanto este es un objeto inanimado.

André Green y «el analista en blanco»

Green (2010), por su parte, desarma el mito de que la rigidez es una premisa ética. Para él, lo que se juega muchas veces es el miedo del analista a estar implicado. «El analista en blanco es un analista muerto», afirma, «su neutralidad absoluta es una defensa contra la implicación subjetiva» (p. 61). La «pantalla blanca» sería una fantasía defensiva que niega la subjetividad del analista y empobrece el campo analítico. Destaca el encuadre como «un marco vivo» y no inanimado. En su conceptualización, sin presencia no hay análisis y un analista presente no puede evitar la implicancia.

Piera Aulagnier y el «contrato narcisista»

Siguiendo a Aulagnier (1977) sobre el «contrato narcisista» como pacto fundante entre el yo y el grupo social que sostiene la identidad, aunque no se ocupó directamente del encuadre técnico, alude a él: «Todo grupo exige de sus miembros la adhesión a un conjunto de enunciados que sostienen su identidad. Cuando el analista impone el encuadre como exigencia absoluta, transforma el contrato analítico en contrato narcisista». En esta línea, el encuadre puede dejar de ser una condición técnica para transformarse en una exigencia del analista de que el paciente se adapte a su narcisismo. Esto lo transformaría en violencia secundaria.

Sintetizando: para Bollas, sin presencia no hay análisis; para Green, la neutralidad absoluta se vuelve defensa; para Aulagnier, la rigidez puede ser imposición narcisista del analista.

Pensando desde Winnicott

Winnicott (1972) no habla de encuadre, sino de *holding* y ambiente facilitador. El *holding* implica sostener al paciente como la madre sostiene al bebé. Pero sostener no es inmovilizar. La crítica a la rigidez del encuadre aparece en Winnicott cuando plantea que el análisis solo es posible si existe un «espacio potencial» para el juego. Para él, un encuadre excesivamente rígido deja de ser sostén y se vuelve intrusivo: «El juego es inherentemente excitante y precario. Esto se debe a que en él la frontera entre lo subjetivo y lo que es objetivamente percibido no está bajo control» (p. 64).

Si el analista se aferra a la inmovilidad técnica como norma, el paciente no puede usar el encuadre como objeto transicional. El *holding* se

convierte entonces en contención rígida que no permite la experiencia de omnipotencia ni la prueba de que el objeto sobrevive a la destructividad. Por eso, Winnicott (1972) insiste en que hay momentos en los que el analista debe «manejar» y mostrarse vivo porque solo así el paciente puede sentir que hay otro real que sostiene el proceso sin colapsar.

Una aproximación a las ideas de Lacan

Lacan (1961/2009), por su parte, desarma la idea de que la mudez y la rigidez temporal sean condiciones éticas del análisis y las considera normas que suelen ser defensa del yo del analista. En tal sentido, nos advierte que el analista no debe identificarse con el yo ideal del paciente ni responder a la demanda de amor con la neutralidad impersonal que se cree garantía de objetividad (p. 568). Para él, el silencio solo tiene valor si opera como corte significativo. Si se aplica como regla fija, se transforma en un ritual que obtura el deseo del analista y mantiene al paciente en la demanda. Otro tanto ocurre con el tiempo fijo: su práctica de la sesión de tiempo variable es una forma de mostrar que el tiempo del inconsciente no se rige por el reloj del yo. El encuadre, entonces, no es sagrado; es un dispositivo que debe caer si sostiene la resistencia del analista.

Vimos entonces que Bleger (1967) conceptualiza el encuadre «clásico» como la parte «no-procesal del análisis, el marco estable que debe mantenerse constante para que el proceso inconsciente pueda desplegarse sin contaminarse». En esta línea, la rigidez y la neutralidad aparecen como condiciones necesarias para que el marco cumpla su función de continente. Sin embargo, tanto Winnicott como Lacan muestran el reverso de esa postura. Para Winnicott (1972), el encuadre solo sostiene si funciona como *holding* que habilita el juego y el uso del objeto. Cuando la rigidez se vuelve excesiva, deja de sostener y puede convertirse en un obstáculo para el proceso mismo. Lacan (1961/2009) advierte que la impotencia para sostener auténticamente una praxis «se reduce, como es corriente en la historia de los hombres, al ejercicio de un poder» (p. 566), lo que permite leer la aplicación mecánica del encuadre, no como garantía técnica, sino como una forma en que las pasiones del analista —su necesidad de no decepcionar, de estar por encima— se cristalizan en normas que sustituyen la ética.

En el mismo texto, Lacan (1961/2009) señala que la posición del analista no equivale al no-hacer: sus sentimientos «solo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y si se le reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce» (p. 566). La mudez y la fijeza temporal sostenidas como rituales técnicos corren el riesgo de convertirse precisamente en esa reanimación encubierta: el analista que se parapeta en la norma ocupa el lugar equivocado. Así, lo que en Bleger (1967) aparece como garantía estructural del proceso analítico, se revela desde la perspectiva lacaniana como una posible forma en que la impotencia del analista para sostener la praxis se ejerce como poder.

Sin embargo, no es tan simple como para metaforizarlo como las dos caras de una moneda, sino que problematizarlo implica incluir múltiples aristas. Sostengo entonces que el encuadre no es un conjunto de reglas intocables, sino una función ética que debe flexibilizarse cada vez que su rigidez deja de sostener y pasa a obturar. Esta concepción, que da cuenta de mi modo de trabajo clínico, se apoya en lo planteado por Bleger (1967) sobre el encuadre como condición de posibilidad de proceso, por Green (2010) respecto de la rigidez como defensa del analista, por Bollas (1994), en relación con el acto de presencia, y por Winnicott (1972) sobre la necesidad de que el analista pueda ser usado de modos no previstos. No ignoro que esta postura resulta, cuando menos, opinable, en particular con relación a dos puntos que abren interrogantes: flexibilizar sí, pero ¿hasta dónde sin deslizarse al «todo vale»? ¿Cuáles podrían ser las consecuencias de un encuadre demasiado laxo?

DESDE LA CLÍNICA

Para ejemplificar lo antes expuesto, me referiré a un momento del proceso analítico con un paciente púber de 12 años con quien veníamos trabajando la violencia intrapsíquica que desplegaba en sesión (Yardino, 2004). Considero que los pacientes de esta franja etaria, así como los adolescentes y los niños, requieren del analista un alto grado de permeabilidad para manejar las excepciones y interrupciones del encuadre. En ocasiones, como la que mostraré, incluso su ruptura.

Recibí un llamado del colegio: un *barrabrava* del liceo de enfrente lo amenazaba «de muerte» y él proporcionó mi contacto pidiendo que fuera a buscarlo. Todas las reglas del encuadre indicaban que no debía hacerlo, pero quedarme esperando la sesión siguiente hubiera sido dejarlo solo frente a lo que excedía por mucho la palabra. Sostener las reglas equivalía a repetir la desprotección que el paciente ya vivía a nivel familiar. Fui a buscarlo. Esa salida rompió el horario, el lugar y la modalidad de contacto. Fue, sin embargo, esa ruptura la que permitió develar el nivel de violencia transgeneracional que venía sosteniendo el síntoma.

Si me hubiera aferrado a las normas del encuadre, el marco dejaba de ser lo que Bleger (1967) llama «condición de posibilidad del proceso» y pasaba a ser parte de la repetición. Lo pienso como una salida del lugar del «analista en blanco» del que habla Green (2010): la neutralidad absoluta en ese momento no era ética sino defensa. Y también como un «acto de presencia» en el sentido de Bollas (1994): el paciente necesitaba un analista vivo e implicado, no una superficie neutra. Por su parte, Winnicott (1972) me ayuda a nombrarlo como un momento en el que el analista tuvo que ser «usado» de otro modo para que algo se destrabara. Fue una intervención que rompió el encuadre para sostener al sujeto y marcó un punto de inflexión en el proceso. La violencia, abordada hasta entonces a nivel intrapsíquico, irrumpió en el entramado de las transferencias, determinando, de parte del analista, una actuación que se constituyó en clave de acceso a una nueva comprensión de su vertiente transgeneracional.

En definitiva, el encuadre clásico sigue siendo la base que da orden al tratamiento, pero su valor ético aparece cuando el analista puede apartarse de la rigidez sin traicionar la función de sostén. ♦

REFERENCIAS

- | | |
|--|--|
| <p>Aulagnier, P. (1977). <i>La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado</i>. Amorrortu.</p> <p>Bleger, J. (1967). <i>Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico</i>. Paidós.</p> <p>Bollas, C. (1994). <i>Ser un personaje: Psicoanálisis y experiencia del sí mismo</i>. Paidós.</p> | <p>Freud, S. (1976). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Trad.), <i>Obras completas</i> (Vol. 12, pp. 111-119). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).</p> <p>Green, A. (2010). <i>El pensamiento clínico</i>. Amorrortu.</p> |
|--|--|

Lacan, J. (2009). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (pp. 565-626). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1961).

Winnicott, D. W. (1972). *Realidad y juego*. Gedisa.

Yardino, S. (2004). «Jugar a matar». Acerca de los efectos de la violencia en el proceso de subjetivación y en la práctica clínica. *Psicoanálisis (APdeBA)*, 26(2), 433-458. <https://www.psicoanalisisapdeba.org/vol-xxvii/jugar-a-matar-acerca-de-los-efectos-de-la-violencia-en-el-proceso-de-subjetivacion-y-en-la-practica-clinica/>